

HOLY SEE PRESS OFFICE
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE



BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIEGE
PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLS

BOLLETTINO

SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE

N. 0117

Sabato 13.02.2016

Viaggio Apostolico di Sua Santità Francesco in Messico (12-18 febbraio 2016) – Santa Messa nella Basilica di “Nuestra Señora de Guadalupe” a Città del Messico

Santa Messa nella Basilica di “Nuestra Señora de Guadalupe” a Città del Messico

Omelia del Santo Padre

Traduzione in lingua italiana

Traduzione in lingua inglese

Nel pomeriggio, lasciata la Nunziatura Apostolica, il Santo Padre Francesco si è trasferito in papamobile alla Basilica di “Nuestra Señora de Guadalupe”, il principale santuario del Messico e il più grande santuario mariano del mondo ove viene venerata la Vergine di Guadalupe, Patrona del Messico, dei Paesi Americani e delle Filippine.

Il Papa è arrivato alla Basilica minore e da lì alle ore 17 si è recato in processione alla nuova Basilica dove ha presieduto la Celebrazione Eucaristica nel corso della quale, dopo la proclamazione del Santo Vangelo, ha pronunciato l’omelia che riportiamo di seguito:

Omelia del Santo Padre

Escuchamos cómo María fue al encuentro de su prima Isabel. Sin demoras, sin dudas, sin lentitud va a acompañar a su pariente que estaba en los últimos meses de embarazo.

El encuentro con el ángel a María no la detuvo, porque no se sintió privilegiada, ni que tenía que apartarse de la vida de los suyos. Al contrario, reavivó y puso en movimiento una actitud por la que María es y será reconocida siempre como la mujer del «sí», un sí de entrega a Dios y, en el mismo momento, un sí de entrega a sus hermanos. Es el sí que la puso en movimiento para dar lo mejor de ella yendo en camino al encuentro con los demás.

Escuchar este pasaje evangélico en esta casa tiene un sabor especial. María, la mujer del sí, también quiso visitar a los habitantes de estas tierras de América en la persona del indio san Juan Diego. Así como se movió por los caminos de Judea y Galilea, de la misma manera caminó al Tepeyac, con sus ropas, usando su lengua, para servir a esta gran Nación. Y, así como acompañó la gestación de Isabel, ha acompañado y acompaña la gestación de esta bendita tierra mexicana. Así como se hizo presente al pequeño Juanito, de esa misma manera se sigue haciendo presente a todos nosotros; especialmente a aquellos que como él sienten «que no valían nada» (cf. *Nican Mopohua*, 55). Esta elección particular, digamos preferencial, no fue en contra de nadie sino a favor de todos. El pequeño indio Juan, que se llamaba a sí mismo como «mecapal, cacaxtle, cola, ala, sometido a cargo ajeno» (cf. *ibíd*, 55), se volvía «el embajador, muy digno de confianza».

En aquel amanecer de diciembre de 1531 se producía el primer milagro que luego será la memoria viva de todo lo que este Santuario custodia. En ese amanecer, en ese encuentro, Dios despertó la esperanza de su hijo Juan, la esperanza de un pueblo. En ese amanecer, Dios despertó y despierta la esperanza de los pequeños, de los sufrientes, de los desplazados y descartados, de todos aquellos que sienten que no tienen un lugar digno en estas tierras. En ese amanecer, Dios se acercó y se acerca al corazón sufriente pero resistente de tantas madres, padres, abuelos que han visto partir, perder o incluso arrebatarse criminalmente a sus hijos.

En ese amanecer, Juancito experimenta en su propia vida lo que es la esperanza, lo que es la misericordia de Dios. Él es elegido para supervisar, cuidar, custodiar e impulsar la construcción de este Santuario. En repetidas ocasiones le dijo a la Virgen que él no era la persona adecuada, al contrario, si quería llevar adelante esa obra tenía que elegir a otros, ya que él no era ilustrado, letrado o perteneciente al grupo de los que podrían hacerlo. María, empecinada —con el empecinamiento que nace del corazón misericordioso del Padre— le dice: no, que él sería su embajador.

Así logra despertar algo que él no sabía expresar, una verdadera bandera de amor y de justicia: en la construcción de ese otro santuario, el de la vida, el de nuestras comunidades, sociedades y culturas, nadie puede quedar afuera. Todos somos necesarios, especialmente aquellos que normalmente no cuentan por no estar a la «altura de las circunstancias» o por no «aportar el capital necesario» para la construcción de las mismas. El Santuario de Dios es la vida de sus hijos, de todos y en todas sus condiciones, especialmente de los jóvenes sin futuro expuestos a un sinfín de situaciones dolorosas, riesgosas, y la de los ancianos sin reconocimiento, olvidados en tantos rincones. El santuario de Dios son nuestras familias que necesitan de los mínimos necesarios para poder construirse y levantarse. El santuario de Dios es el rostro de tantos que salen a nuestros caminos...

Al venir a este Santuario nos puede pasar lo mismo que le pasó a Juan Diego. Mirar a la Madre desde nuestros dolores, miedos, desesperaciones, tristezas, y decirle: «Madre, ¿qué puedo aportar yo si no soy un letrado?». Miramos a la madre con ojos que dicen: son tantas las situaciones que nos quitan la fuerza, que hacen sentir que no hay espacio para la esperanza, para el cambio, para la transformación.

Por eso creo que hoy nos va a hacer bien un poco de silencio, y mirarla a ella, mirarla mucho y calmamente, y decirle como lo hizo aquel otro hijo que la quería mucho:

«Mirarte simplemente, Madre,
dejar abierta sólo la mirada;
mirarte toda sin decirte nada,
decirte todo, mudo y reverente.

No perturbar el viento de tu frente;
sólo acunar mi soledad violada,
en tus ojos de Madre enamorada
y en tu nido de tierra transparente.

Las horas se desploman; sacudidos,
muerden los hombres necios la basura

de la vida y de la muerte, con sus ruidos.

Mirarte, Madre; contemplarte apenas,
el corazón callado en tu ternura,
en tu casto silencio de azucenas». *(Himno litúrgico)*

Y en silencio, y en este estar mirándola, escuchar una vez más que nos vuelve a decir: «¿Qué hay hijo mío el más pequeño?, ¿qué entristece tu corazón?» (cf. *Nican Mopohua*, 107.118). «¿Acaso no estoy yo aquí, yo que tengo el honor de ser tu madre?» (*ibíd.*, 119).

Ella nos dice que tiene el «honor» de ser nuestra madre. Eso nos da la certeza de que las lágrimas de los que sufren no son estériles. Son una oración silenciosa que sube hasta el cielo y que en María encuentra siempre lugar en su manto. En ella y con ella, Dios se hace hermano y compañero de camino, carga con nosotros las cruces para no quedar aplastados por nuestros dolores.

¿Acaso no soy yo tu madre? ¿No estoy aquí? No te dejes vencer por tus dolores, tristezas, nos dice. Hoy nuevamente nos vuelve a enviar, como a Juanito; hoy nuevamente nos vuelve a decir, sé mi embajador, sé mi enviado a construir tantos y nuevos santuarios, acompañar tantas vidas, consolar tantas lágrimas. Tan sólo camina por los caminos de tu vecindario, de tu comunidad, de tu parroquia como mi embajador, mi embajadora; levanta santuarios compartiendo la alegría de saber que no estamos solos, que ella va con nosotros. Sé mi embajador, nos dice, dando de comer al hambriento, de beber al sediento, da lugar al necesitado, viste al desnudo y visita al enfermo. Socorre al que está preso, no lo dejes solo, perdona al que te lastimó, consuela al que esta triste, ten paciencia con los demás y, especialmente, pide y ruega a nuestro Dios. Y, en silencio, le decimos lo que nos venga al corazón.

¿Acaso no soy yo tu madre? ¿Acaso no estoy yo aquí?, nos vuelve a decir María. Anda a construir mi santuario, ayúdame a levantar la vida de mis hijos, que son tus hermanos.

[00232-ES.03] [Texto original: Español]

Traduzione in lingua italiana

Abbiamo ascoltato come Maria andò a visitare la cugina Elisabetta. Senza indugi, senza dubbi, né lentezze, va ad accompagnare la sua parente che era agli ultimi mesi di gravidanza.

L'incontro con l'angelo non ha fermato Maria, perché non si è sentita privilegiata, o in dovere di staccarsi dalla vita dei suoi. Al contrario, ha ravvivato e messo in moto un atteggiamento per il quale Maria è e sarà sempre riconosciuta: la donna del sì, un sì di dedizione a Dio e, al tempo stesso, un sì di dedizione ai suoi fratelli. E' il sì che la mise in movimento per dare il meglio di sé, ponendosi in cammino incontro agli altri.

Ascoltare questo brano del Vangelo in questa Casa ha un sapore speciale. Maria, la donna del sì, ha voluto anche visitare gli abitanti di questa terra d'America nella persona dell'indio san Juan Diego. Così come si mosse per le strade della Giudea e della Galilea, nello stesso modo raggiunse il Tepeyac, con i suoi abiti, utilizzando la sua lingua, per servire questa grande Nazione. E così come accompagnò la gravidanza di Elisabetta, ha accompagnato e accompagna la "gravidanza" di questa benedetta terra messicana. Così come si fece presente al piccolo Juanito, allo stesso modo continua a farsi presente a tutti noi, soprattutto a quelli che come lui sentono "di non valere nulla" (cfr *Nican Mopohua*, 55). Questa scelta particolare, diciamo preferenziale, non è stata contro nessuno, ma a favore di tutti. Il piccolo indio Juan che si chiamava anche "mecapal, cacaxtle, coda, ala, bisognoso lui stesso di esser portato" (cfr *ibid.*) è diventato "il messaggero, molto degno di fiducia".

In quell'alba di dicembre del 1531, si compiva il primo miracolo che poi sarà la memoria vivente di tutto ciò che questo Santuario custodisce. In quell'alba, in quell'incontro, Dio risvegliò la speranza di suo figlio Juan, la

speranza di un popolo. In quell'alba, Dio ha risvegliato e risveglia la speranza dei più piccoli, dei sofferenti, degli sfollati e degli emarginati, di tutti coloro che sentono di non avere un posto degno in queste terre. In quell'alba Dio si è avvicinato e si avvicina al cuore sofferente ma resistente di tante madri, padri, nonni che hanno visto i loro figli partire, li hanno visti persi o addirittura strappati dalla criminalità.

In quell'alba, Juanito sperimenta nella sua vita che cos'è la speranza, che cos'è la misericordia di Dio. Lui è scelto per sorvegliare, curare, custodire e favorire la costruzione di questo Santuario. A più riprese disse alla Vergine che lui non era la persona adatta, anzi, se voleva portare avanti quel lavoro doveva scegliere altri, perché lui non era istruito, letterato o appartenente al novero di coloro che avrebbero potuto farlo. Maria, risoluta – con la risolutezza che nasce dal cuore misericordioso del Padre – gli disse no, che lui sarebbe stato il suo messaggero.

Così egli riesce a far emergere qualcosa che non sapeva esprimere, una vera e propria immagine trasparente di amore e di giustizia: nella costruzione dell'altro santuario, quello della vita, quello delle nostre comunità, società e culture, nessuno può essere lasciato fuori. Tutti siamo necessari, soprattutto quelli che normalmente non contano perché non sono "all'altezza delle circostanze" o perché non "apportano il capitale necessario" per la costruzione delle stesse. Il santuario di Dio è la vita dei suoi figli, di tutti e in tutte le condizioni, in particolare dei giovani senza futuro esposti a una infinità di situazioni dolorose, a rischio, e quella degli anziani senza riconoscimento, dimenticati in tanti angoli. Il santuario di Dio sono le nostre famiglie che hanno bisogno del minimo necessario per potersi formare e sostenere. Il santuario di Dio è il volto di tanti che incontriamo nel nostro cammino...

Venendo in questo santuario ci può accadere la stessa cosa che accadde a Juan Diego. Guardare la Madre a partire dai nostri dolori, dalle nostre paure, disperazioni, tristezze, e dirle: "Che cosa posso dare io se non sono una persona istruita?". Guardiamo la Madre con occhi che dicono: "Sono tante le situazioni che ci tolgono la forza, che ci fanno sentire che non c'è spazio per la speranza, per il cambiamento, per la trasformazione".

Per questo credo che oggi ci farà bene un po' di silenzio, e guardarla, guardarla molto e con calma, e dirle come fece quell'altro figlio che la amava molto:

«Guardarti semplicemente - Madre -,
tenendo aperto solo lo sguardo;
guardarti tutta senza dirti nulla,
e dirti tutto, muto e riverente.

Non turbare il vento della tua fronte;
solo cullare la mia solitudine violata
nei tuoi occhi di Madre innamorata
e nel tuo nido di terra trasparente.

Le ore precipitano; percossi
mordono gli uomini stolti l'immondizia
della vita e della morte, con i loro rumori.

Guardarti, Madre; contemplarti appena,
il cuore tacito nella tua tenerezza,
nel tuo casto silenzio di gigli».
(*Inno liturgico*)

E nel silenzio, in questo rimanere a contemplarla, sentire ancora una volta che ci ripete: "Che c'è, figlio mio, il piccolo di tutti? Che cosa rattrista il tuo cuore?" (cfr *Nican Mopohua*, 107.118) «Non ci sono forse qui io, io che ho l'onore di essere tua madre?» (*ibid.*, 119).

Lei ci dice che ha “l’onore” di essere nostra madre. Questo ci dà la certezza che le lacrime di coloro che soffrono non sono sterili. Sono una preghiera silenziosa che sale fino al cielo e che in Maria trova sempre posto sotto il suo manto. In lei e con lei, Dio si fa fratello e compagno di strada, porta con noi le croci per non lasciarci schiacciare da nostri dolori.

“Non sono forse tua madre? Non sono qui? Non lasciarti vincere dai tuoi dolori, dalle tue tristezze” – ci dice. Oggi di nuovo torna ad inviarci, come Juanito; oggi di nuovo torna a ripeterci: sii mio messaggero, sii mio inviato per costruire tanti nuovi santuari, accompagnare tante vite, asciugare tante lacrime. Basta che cammini per le strade del tuo quartiere, della tua comunità, della tua parrocchia come mio messaggero, mia messaggera; innalza santuari condividendo la gioia di sapere che non siamo soli, che lei è con noi. Sii mio messaggero – ci dice – dando da mangiare agli affamati, da bere agli assetati, da’ un posto ai bisognosi, vesti chi è nudo e visita i malati. Soccorri il prigioniero, non lasciarlo solo, perdona chi ti ha fatto del male, consola chi è triste, abbi pazienza con gli altri e, soprattutto, implora e prega il nostro Dio. E, in silenzio, le diciamo quello che ci sale dal cuore.

“Non sono forse tua madre? Non sono forse qui?” – ci dice ancora Maria. Vai a costruire il mio santuario, aiutami a risollevarla la vita dei miei figli, tuoi fratelli.

[00232-IT.02] [Testo originale: Spagnolo]

Traduzione in lingua inglese

We have just heard how Mary went to meet her cousin Elizabeth. She sets out without delay, without doubts, without lessening her pace, to be with her relative who was in the last months of her pregnancy.

Mary’s encounter with the angel did not hold her back since she did not consider herself privileged, or make her hesitate in leaving those around her. On the contrary, it renewed and inspired an attitude for which Mary is, and always, will be known: she is the woman who says “yes”, a “yes” of surrender to God and, at the same time, a “yes” of surrender to her brothers and sisters. This is the “yes” which prompted her to give the best of herself, going forth to meet the others.

Listening to this Gospel passage in this place has a special significance. Mary, the woman who gave her “yes”, wished also to come to the inhabitants of these American lands in the person of the Indian Saint Juan Diego. Just as she went along the paths of Judea and Galilee, in the same way she walked through Tepeyac, wearing the indigenous garb and using their language so as to serve this great nation. Just as she accompanied Elizabeth in her pregnancy, so too she has and continues to accompany the development of this blessed Mexican land. Just as she made herself present to little Juan, so too she continues to reveal herself to all of us, especially to those who feel, like him, “worthless” (cf. *Nican Mopohua*, 55). This specific choice, we might call it preferential, was not against anyone but rather in favour of everyone. The little Indian Juan who called himself a “leather strap, a back frame, a tail, a wing, oppressed by another’s burden” (Ibid.), became “the ambassador, most worthy of trust”.

On that morning in December 1531, the first miracle occurred which would then be the living memory of all this Shrine protects. On that morning, at that meeting, God awakened the hope of his son Juan, and the hope of a People. On that morning, God roused the hope of the little ones, of the suffering, of those displaced or rejected, of all who feel they have no worthy place in these lands. On that morning, God came close and still comes close to the suffering but resilient hearts of so many mothers, fathers, grandparents who have seen their children leaving, becoming lost or even being taken by criminals.

On that morning, Juancito experienced in his own life what hope is, what the mercy of God is. He was chosen to oversee, care for, protect and promote the building of this Shrine. On many occasions he said to Our Lady that he was not the right person; on the contrary, if she wished the work to progress, she should choose others, since he was not learned or literate and did not belong to the group who could make it a reality. Mary, who was persistent – with that persistence born from the Father’s merciful heart – said to him: *he* would be her

ambassador.

In this way, she managed to awaken something he did not know how to express, a veritable banner of love and justice: no one could be left out in the building of that other shrine, the shrine of life, the shrine of our communities, our societies and our cultures. We are all necessary, especially those who normally do not count because they are not “up to the task” or because “they do not have the necessary funds” to build all these things. God’s Shrine is the life of his children, of everyone in whatever condition, especially of young people without a future who are exposed to endless painful and risky situations, and the elderly who are unacknowledged, forgotten and out of sight. The Shrine of God is our families in need only of the essentials to develop and progress. The Shrine of God is the faces of the many people we encounter each day...

Visiting this Shrine, the same things that happened to Juan Diego can also happen to us. Look at the Blessed Mother from within our own sufferings, our own fear, hopelessness, sadness, and say to her, “What can I offer since I am not learned?”. We look to our Mother with eyes that express our thoughts: there are so many situations which leave us powerless, which make us feel that there is no room for hope, for change, for transformation.

And so, I think that some silence may do us good today as we pause to look upon her and repeat to her the words of that other loving son:

«Simply looking at you, O Mother,
to have eyes only for you,
looking upon you without saying anything,
telling you everything, wordlessly and reverently.

Do not perturb the air before you;
only cradle my stolen solitude
with your loving Motherly eyes,
in the nest of your pure ground.

Hours tumble by, and with much commotion,
the wastage of life and death sinks its teeth into foolish men.

Having eyes for you, O Mother, simply contemplating you
with a heart quietened by your tenderness
that silence of yours, chaste as the lilies.»
(*Liturgical hymn*)

And in the silence, and in this looking at her, we will hear anew what she says to us once more, “What, my most precious little one, saddens your heart?” (*Nican Mopohua*, 107). “Yet am I not here with you, who have the honour of being your mother?” (*Ibid.*, 119).

Mary tells us that she has “the honour” of being our mother, assuring us that those who suffer do not weep in vain. These ones are a silent prayer rising to heaven, always finding a place in Mary’s mantle. In her and with her, God has made himself our brother and companion along the journey; he carries our crosses with us so as not to leave us overwhelmed by our sufferings.

Am I not your mother? Am I not here? Do not let trials and pains overwhelm you, she tells us. Today, she sends us out anew; as she did Juanito, today, she comes to tell us again: be my ambassador, the one I send to build many new shrines, accompany many lives, wipe away many tears. Simply be my ambassador by walking along the paths of your neighbourhood, of your community, of your parish; we can build shrines by sharing the joy of knowing that we are not alone, that Mary accompanies us. Be my ambassador, she says to us, giving food to the hungry, drink to those who thirst, a refuge to those in need, clothe the naked and visit the sick. Come to the aid

of those in prison, do not leave them alone, forgive whoever has offended you, console the grieving, be patient with others, and above all beseech and pray to God. And in the silence tell him what is in our heart.

Am I not your mother? Am I not here with you? Mary says this to us again. Go and build my shrine, help me to lift up the lives of my sons and daughters, who are your brothers and sisters.

[00232-EN.02] [Original text: Spanish]

Al termine della Santa Messa, dopo il saluto del Card. Norberto Rivera Carrera, Arcivescovo di Città del Messico e prima della Benedizione finale, il Papa ha incoronato l'immagine della SS.ma Vergine di Guadalupe.

Quindi il Santo Padre Francesco ha visitato il "Camarín" dove è conservata l'immagine originale della "Vergine Morenita", soffermandosi da solo in silenziosa preghiera.

Infine è rientrato in papamobile alla Nunziatura Apostolica.

[B0117-XX.02]
